

«LA DEMOCRACIA ATENIENSE, SUS TEORICOS Y SUS DETRACTORES»

■ Conferencias de Francisco Rodríguez Adrados

«La democracia ateniense fue un momento único en la historia de la Humanidad. La «pólis» de Atenas fue un experimento difícil, que serviría de modelo para las democracias posteriores y que muestra cómo la mente y las sociedades humanas han tenido a lo largo de los siglos problemas más o menos paralelos, a los que se han buscado soluciones muy parecidas.» Son palabras del helenista Francisco Rodríguez Adrados, catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense, en el ciclo de conferencias que impartió en la Fundación Juan March del 27 de enero al 5 de febrero sobre el tema «La democracia ateniense, sus teóricos y sus detractores».

Ofrecemos seguidamente un resumen del ciclo.

La organización administrativa y económica de los estados micénicos, grandes reinos gobernados por un rey (*βασιλεύς*), al frente de una burocracia de sacerdotes y funcionarios, es, en muchos aspectos, más conocida que la de la Atenas del siglo V. Con el hundimiento, en el siglo XIII, de esos estados micénicos, se da una fragmentación en diminutos estados y los «basiléis» se convierten en los nobles de la ciudad, administran la justicia de una forma arbitraria, sin una norma escrita. Con una Ciudad dividida en dos clases —los *nobles*, que ejercen el



FRANCISCO RODRIGUEZ ADRADOS nació en Salamanca en 1922. Es catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense desde 1952. Presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos, lo ha sido de la Sociedad Española de Lingüística. Director de las revistas «Emerita», de Filología Clásica, y de la «Española de Lingüística», así como del *Diccionario Griego-Español* (el más extenso y al día en cualquier lengua moderna), cuyo segundo volumen acaba de aparecer, y de la Colección Hispánica de Autores Griegos y Latinos. Autor de más de 30 libros sobre Literatura y Filología griega antigua, Lingüística Indoeuropea y Lingüística General.

poder, y el *pueblo*, pobre e impotente— comienza la historia política griega posterior a los reinos micénicos.

En la «*πόλις*» (y aquí me voy a referir, exclusivamente, a

la de Atenas) se va a tratar de resolver el conflicto de poderes entre nobles y pueblo. Este ya no acepta esa relación desigual del poder. A partir de ahora habrá que contar con el pueblo. Una serie de elementos comunes iban conformando una ideología más humanitaria: el concepto de «ἀρετή» (virtud), válida tanto para el guerrero como para el sabio, y al servicio de la defensa de la Ciudad y de sus ciudadanos. La «ἀρετή» ha de ser para todos. En la «πόλις» todos participan y tienen una responsabilidad. Ha de haber una ley (νόμος) para todos, que no permita la desigualdad, una justicia (δίκη) que es defendida por Zeus y las instancias religiosas. Empieza a abrirse paso la idea de la igualdad de los hombres, en detrimento de la «naturaleza especial» del noble. Otros conceptos que crean los griegos son la «σωφροσύνη» (templanza), el «λόγος» (razón). Estamos, además, en la edad del individuo. Los poetas y los escultores firman sus obras, un individuo de clase inferior puede ascender socialmente. Se afianza la idea de progreso, de la paulatina perfección en la vida y en el arte. Todas estas ideas progresivas preparan el terreno a la democracia.

La democracia de Solón

A partir del siglo VI (a.J.C.), todo apunta hacia una mayor igualdad y participación del pueblo en el poder. En Atenas se dan dos fases en este proceso hacia la democracia, en el siglo VI: el mandato de Solón y el de Pisístrato y sus hijos. Solón pone en hora el reloj de la historia y establece una correlación entre lo económico, lo militar y

lo político, conduciendo a una redefinición de las bases del poder según la economía.

Cada clase, según su poder económico, tendrá unos determinados poderes políticos. No es, pues, una legislación igualitaria, aunque haya unos mínimos para todos, unos «derechos humanos» básicos: ya no se podrá vender a nadie como esclavo por no pagar las deudas, por ejemplo. Se produce una mejora económica del pueblo, pero aún con notables limitaciones. Solón se opondrá al nuevo reparto de la tierra entre todos, que exigían los más radicales.

Esta primera fase de la democracia ateniense demostró ser sólo una solución provisional. Al marcharse Solón, viene la tiranía de Pisístrato, un «noble» que se aliará con el pueblo contra los demás nobles. No hay que olvidar que la palabra «tirano» significaba en griego «rey», «jefe». Se trataba de una especie de monarquía impuesta por un jefe de estado. Los tiranos, en esta segunda fase, tratarán de cohesionar la ciudad, haciendo un hogar espiritual para toda la población. Crean los grandes templos de la Acrópolis para el culto, los festivales literarios, el teatro (la tragedia es creación de Pisístrato), todo para el pueblo. Se llevan a cabo grandes programas de obras públicas. El nivel económico de la población se eleva en esta fase de los tiranos, cuyo papel es similar al del despotismo ilustrado del siglo XVIII. Pero con el tiempo los tiranos dejarán de ser aceptados y, al caer los hijos de Pisístrato, en el año 510, se implanta la democracia en Atenas.

Los nobles y el pueblo se alían ahora para echar a los

Fundación Juan March

CURSOS UNIVERSITARIOS 1986/87

*La democracia ateniense,
sus teóricos y sus detractores*

FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS



ENERO 1987

Martes, 27
ORÍGEN DE LA DEMOCRACIA Y DE LA IDEA DEMOCRÁTICA

Jueves, 29
DEMOCRACIA, IGUALITARISMO Y COLECTIVISMO

FEBRERO 1987

Martes, 3
LA POLÍTICA COMO MORAL: PLATÓN Y LOS ESTÓICOS

Jueves, 5
DEL PRAGMATISMO POLÍTICO AL APOLITICISMO
Y HUMANITARISMO



Todas las conferencias tendrán lugar a las 19.30 horas en el Salón de Actos de la Fundación Juan March
Carrilón, 77. 28004 Madrid. Entrada libre

tiranos y establecen un nuevo régimen, con Clístenes, que se denomina primero «*ἰσονομία*», «*ἰσηγορία*», y más tarde, «*δημοκρατία*». En este pacto entre nobles y pueblo, el poder político sigue ligado realmente a las clases altas. El poder ejecutivo lo ejercen los nobles, aunque el pueblo tiene el control en la Asamblea. Esta es la que vota los nombramientos y acepta la rendición de cuentas de los magistrados. El pueblo podía, incluso, votar el ostracismo (destierro) de un político. Se crea así un equilibrio, algo inestable, pero que funciona desde el año 510 hasta el 462, año del derrocamiento del régimen de Cimón. El plano de igualdad era, en realidad, un plano inclinado. Había igualdad política y humana, pero no

económica ni militar. Siguen manteniéndose los privilegios tradicionales de los nobles y económicamente poderosos.

En el año 458 Esquilo escribe la *Orestíada* y refleja su temor a que ese equilibrio, a duras penas logrado, se rompa. En el año 462 hay tensión en Atenas. Cae el Areópago, y queda reducido a un simple tribunal de lo criminal, sin ninguna función política. En los años 50, sin embargo, comienza a despuntar la estrella de Pericles en Atenas. El será quien mantenga ese equilibrio democrático.

Democracia, igualitarismo y colectivismo

Los orígenes de la democracia ateniense están, pues, en la solución pragmática que se dio al problema del equilibrio entre las dos clases de nobleza y pueblo. Pero no habrá una teoría política propiamente dicha en Grecia hasta la caída de la democracia, y la harán los poetas, los historiadores, los oradores. La guerra será la que acabará por desestabilizar esa frágil democracia.

En el siglo V tenemos un Consejo elegido por sorteo. El Consejo y la Asamblea son los órganos que deciden el nombramiento de los magistrados. Se crea la «*ἡλιαία*», grandes tribunales formados por ciudadanos que reciben un salario de tres obolos, lo que era criticado como un derroche por el ala más conservadora. A instancias de Pericles se crea el «*Θεωρικόν*», un fondo de espectáculos con el que se pagaba la entrada a los mismos a los más pobres. Atenas forma la Liga Marítima, apoyándose en las islas aliadas, que pronto se

convierten en vasallas de aquélla. La democracia ateniense, con Pericles, había heredado una política exterior de guerras contra los persas, y tiene que sufragarla con los tributos de la Liga Marítima. En el año 62 la democracia se embarca en una guerra interna contra los espartanos, por lo que Atenas ha de luchar en un doble frente, los persas y Esparta, al tiempo que ha de acallar las quejas de los sectores menos radicales de la democracia, que ven con recelo esa explotación de las islas aliadas, que serán quienes también contribuyan a sufragar la construcción del Partenón.

Pericles y el gran momento de Atenas

Sin embargo, la democracia va funcionando. En el año 449 Pericles hace la paz con Persia, y en el 446, con Esparta. Es éste el gran momento de Atenas. Pericles gobierna apoyado en otros más conservadores (como Sófocles). Tampoco es que hubiera un igualitarismo absoluto: el poder ejecutivo está en manos de las clases aristocráticas, que tienen «ἀξίωμα» (palabra que en latín se traducirá por «auctoritas»). En el terreno económico se promueven programas para subvencionar a los inválidos, a los huérfanos, y toda una serie de ayudas para el pueblo.

Este avance igualitario fue mayor en el ámbito de la cultura. El teatro es un espectáculo para todos; se crean monumentos para el culto. Los grandes escritores del siglo V proceden, en su mayoría, de las clases medias. El experimento ateniense sigue adelante a lo largo del siglo V. Con la paz lograda por Pericles, que ha logrado la recu-

peración económica de Atenas y ha frenado las tendencias igualitarias excesivas, se va profundizando en la democracia, y se mantiene el equilibrio.

En cuanto al panorama ideológico, los verdaderos teóricos de esta democracia ilustrada o racionalista son los sofistas, los verdaderos fundadores de un pensamiento racional, que sustituyó al religioso. Los sofistas abogan por el respeto y la justicia, basados en el *lógos*, en la persuasión que ejercen los más sabios. Todo esto es propio, dicen, de la naturaleza humana. Defensores del debate, sostienen que en la sabiduría está lo correcto y lo adecuado. Hay un auténtico *optimismo racionalista*.

Pero esta Atenas se encuentra de pronto con la guerra del Peloponeso, que marcará el fin de la democracia y del auge de la ciudad. Pericles muere en el año 429, dos años después del inicio de la contienda; y la guerra, que él había emprendido con una estrategia principalmente defensiva, es radicalizada por sus sucesores. Todo aquel proceso de igualación y acomodo de las clases, que parecía consolidado en los años 30, se hunde. Los conservadores se unen a los oligarcas y se produce un golpe de estado en el 411. Atenas se empobrece, la concordia se quiebra. Un liberal como Eurípides, que hacia los años 20 elogiaba la democracia, ahora deja de hablar de política y termina por expatriarse a Macedonia. El ateniense medio se desinteresa de la política y se refugia en la vida privada.

Después del régimen de los 30 tiranos se produce una restauración democrática, de la democracia anterior a Pericles, más moderada, que será la que con-

dene a muerte a Sócrates. Se traen mercenarios al ejército y se entabla una guerra con Filipo de Macedonia.

Desde el año 404 y, sobre todo, a partir del 338, surgen toda una serie de reflexiones y posiciones que tratan de buscar solución al desastre. Es así, con la crisis, como surge el pensamiento político en Grecia.

La política como moral: Platón y los estoicos

En el siglo IV se trata de volver a la antigua democracia moderada de Clístenes. En el año 403, con el Decreto de Amnistía (primera vez que aparece la palabra en la historia), regresan los exiliados a Atenas. Estamos en un ambiente de estancamiento político y de gran declive económico, de un gran desinterés hacia los problemas ciudadanos. Hay cierta paz, pero Atenas es ya una ciudad de segundo orden, que acabará por sucumbir ante la expansión de Filipo de Macedonia. Veamos las posturas y soluciones que se buscan ante esta crisis: a) *la restauración tradicionalista*. Sócrates, orador y humanista, añora la antigua democracia de Solón y Clístenes. Promueve el estudio de las humanidades, el trabajo en favor de la comunidad, algo muy difícil de realizar en la Atenas del siglo IV, de fuerte individualismo y desinterés público; b) *solución colectivista*: se proponen programas igualitarios y colectivistas, a modo de utopías: el paraíso igualitario con que soñaba Teopompo o Hecateo de Teos; Jenofonte considera al Estado como un empresario para crear riqueza, definiendo («De los ingresos») un sistema de impuestos progresivos y proporcionales a la fortuna del

ciudadano, en forma de préstamos hechos al Estado, que luego éste devuelve total o parcialmente. Faleas propone ya en el siglo IV la estatización de la economía y de la educación; y c) *la reforma del hombre*, la creación de un hombre nuevo en una sociedad nueva.

Sócrates es el precedente de esta reforma moral del hombre. Por cumplir las leyes de la ciudad prefiere morir a huir de la prisión. El Estado se siente inseguro ante el pensador, y éste juzga desorbitados los poderes de aquél. Sócrates busca establecer nuevos valores y formas de vida que se trasladen a la política, lo cual acaba por crear la desconfianza de muchos sectores.

Sócrates, maestro de Platón, servirá de espólón para el cambio de éste. Aristócrata, con 23 años al finalizar la guerra del Peloponeso, Platón se sentirá defraudado por los crímenes de los oligarcas. Cuando el régimen moderado que trae la Amnistía condena a muerte a Sócrates, Platón sufre un desencanto aún mayor frente a todos los políticos y empieza a concebir un nuevo régimen, el de los filósofos. Estos se harán cargo del poder. Creemos una ciudad de palabras, edificada del principio a fin, piensa Platón.

Por primera vez en la historia se piensa en una construcción social basada en el puro ideologismo. Se trata de una organización cerrada, absoluta, y la finalidad de la política es moral. Política y moral son lo mismo. Platón teme los peligros del poder y de la riqueza. Prefiere una ciudad pobre, sin demasiado tráfico de extranjeros. Se tolera la agricultura, no la industria ni el comercio. El principal objetivo es la salud del

alma. En *La República* se dan numerosos elementos democráticos y progresivos, racionales y humanistas (la educación general, la idea de igualdad, de hermandad, la ayuda mutua de todos, el lógos, son las claves de la política). Pero la república platónica llegará a una sociedad de clases, en la que la superior, la de los filósofos y guardianes, ejercerá el poder sobre la inferior. Platón, cuando habla de la felicidad, se refiere a un concepto abstracto, la felicidad del hombre. Pero en el estado platónico hay también poder y castigos, condenas a muerte, inquisición, censura, una razón de Estado.

Por otra parte, Platón abre en la historia los programas de comunidades de fieles, de ideologismos organizados en busca de la perfección del individuo, como el cristianismo primitivo del Imperio Romano. Al igual que ocurrirá con el cristianismo, ese estado ideal platónico que aspira a la bondad del hombre termina por caer en un reglamentismo rígido y en la imposición por la fuerza de ese ideal de bondad. Y hay otros ejemplos más.

La república platónica se trató de implantar en Siracusa. La Academia de Platón organizó una expedición para imponer a Dión en el poder. Una escuela filosófica se convertía en un ejército. Pero todo acabó en drama. Dión fue asesinado por Calipo, de la escuela platónica de la Academia.

Los estoicos también promueven el moralismo en política. Para ellos el prototipo de su filosofía es el sabio, a quien no importan ni el poder, ni la riqueza. Los estoicos constituirán la oposición al Imperio y

ejercerán una gran influencia en el Cristianismo. El platonismo no fue, pues, una filosofía más, sino la respuesta a unas determinadas circunstancias políticas, el intento de crear, por primera vez en la historia, un estado político-moral que acabase con los males de los hombres. Hay puntos claros y puntos oscuros en sus resultados.

Del pragmatismo político al apoliticismo y humanitarismo

Entre los exiliados que regresaron a Atenas en el 403 a.J.C., por el decreto de Amnistía, figuraba Tucídides, quien escribirá la historia de la guerra del Peloponeso. Más viejo que Platón, alrededor de la cincuentena tiene Tucídides por entonces, y perteneciente a la vieja democracia ateniense —en el 424 era uno de los diez generales de Atenas—, aplicará a su interpretación histórico-política una mente más pragmática. Parte de que el deseo de poder es innato en el hombre, inherente a la naturaleza humana. El político, médico de la sociedad, ha de conducir ese deseo de poder con criterios racionales, evitando que se desorbite. Se trata de lograr un equilibrio. Ni idealismos excesivos ni reformismos igualitarios, que son irreales.

Aristóteles coincidirá con Tucídides, en el siglo IV, en el mismo pragmatismo político y en esa búsqueda del equilibrio. Discípulo de Platón, Aristóteles, en su *Política*, trata de operar sobre una ciudad humana, alejada de utopismos, y de buscar los medios para llegar a un equilibrio. El hombre es un animal político, social; sus virtudes sólo pueden realizarse y

su felicidad lograrse en el medio social. Pero el realismo que quiere aplicar Aristóteles no es el realismo de Tucídides. Aristóteles se centra en el tema económico, que considera lo verdaderamente importante para la Ciudad. Una oligarquía, piensa, convierte a la Ciudad en dos ciudades, la de los ricos y la de los pobres. La estabilidad exige el predominio de las clases medias. Concede suma importancia a la educación. A pesar de sus diferencias, Tucídides y Aristóteles buscan un equilibrio democrático operando sobre la realidad.

Los epicúreos y los cínicos

Y habrá otras reacciones contra la sociedad contemporánea: los *epicúreos* y los *cínicos*, que se alejan simplemente de la política. Epicuro, ateniense, nacido en el 341, vive en su Jardín, en comuna, con sus discípulos, una vida plácida, de intelectual alejado del mundo y de la política. Para Epicuro, el sabio no debe hacer política. Hay que respetar las leyes porque resulta más cómodo. La justicia es un pacto para no perjudicar ni ser perjudicado. La amistad, de frutos dulces, se basa en los beneficios recíprocos. Y no es que crean los epicúreos que el hombre se incline de forma natural a la benevolencia, sino que ésta resulta útil y práctica para vivir en un mundo tan conflictivo.

En cuanto a los cínicos, abandonan a la familia y, con sus alforjas, se echan a la calle (o se meten en una tinaja, desnudos, como Diógenes). Si Platón quiso arrancar del alma humana el instinto por la riqueza, y Tucídides controlarlo, el cínico

aborrece de ella, y del poder, de la ciencia y de toda suerte de vanidades. Los cínicos gustan de escandalizar a la gente bien pensante de Atenas, exhibiéndose vestidos de harapos o medio desnudos en el ágora. Pero el cinismo tiene también un lado moral: buscan el trabajo y la sobriedad. En realidad, la guerra que hacen al poder es tolerada por éste. Diógenes y otros cínicos escribieron algún tratado de gobierno, preconizando estados paradisíacos de felicidad total. A través de la fábula, los cínicos popularizan sus ideas sobre el poder y los vicios humanos. Para el cínico es conveniente un poco de anarquía. Su ideal es la libertad, la bondad y la libre asociación. Poseen un ideal de concordia, a pesar de su ruptura con las normas sociales.

Pero con esto hemos rebasado el 323 a.C. y hemos llegado a los grandes reinos helenísticos donde ya no existe el ciudadano, sino el súbdito; ni el magistrado, elegido por votación, sino el funcionario. Aquí termina la teoría política en la antigua Grecia. Los estoicos continuarán durante el Imperio Romano ese interés por la vida política. La autoorganización de la sociedad que supuso la democracia ateniense habrá de ser reinventada en otros lugares y con un modelo representativo. El modelo griego estuvo siempre presente; las líneas generales de las democracias que vendrían después serán más o menos las mismas: igualdad política, unas reglas del juego que supone establecer limitaciones, la moralidad en la base. Todo ello pasará a Roma, será seguido en el Renacimiento y en la Revolución francesa, hasta llegar al siglo XIX. ■